

La poesía navideña española

A poco que se profundice en el sentido de la poesía navideña, sorprende y entusiasma al lector la riqueza de las ideas y los sentimientos que la integran. Tal vez se deba este fenómeno a la propia riqueza que entraña el misterio del Nacimiento de Jesús en el portal de Belén. En efecto, en el tema de Dios humanado, muéstranse, refulgiendo vivamente, varias facetas a cual más espléndida, de lo humano y lo divino a un tiempo en consonancia con la propia esencia del acontecimiento más trascendental de todos los tiempos, después de la Creación.

Porque, en los cantos al Niño Dios vibran las notas de la religiosidad más pura y de la más tierna humanidad. Los poetas navideños sienten y creen vivamente el misterio de la humanización de un Dios. Así, en el anónimo, canta el pueblo:

... pues esta noche es nacido
el Mexías prometido, Dios y hombre. . .

Este supremo contraste -Dios y hombre- es destacado también por el Fénix de los ingenios cuando dice:

La pura y hermosa Virgen
hallan diciéndole amores
al Niño recién nacido
que hombre y Dios tiene por nombre.

E igualmente Josef de Valdivielso, en un delicioso arranque poético, destaca la humanidad y divinidad conjuntas del Niño que ha nacido, en su "Este niño se lleva la flor. . ."

Otro tema, dogmático también, repetido por la mayoría de los poetas, es el de la virginidad intacta de la Madre al alumbrar al Redentor. Ya Juan del Encina escribía:

Una Virgen concibiera
sin simiente de varón:
y Virgen sin corrupción
Al hijo de Dios pariera
y después Virgen quedó.

Y Calderón:

... Dios es
quien nace de Virgen Madre,
quedando en el parto virgen
virgen después, virgen antes.

El prodigioso contraste de la realeza divina hecha carne en un triste pesebre, la visión del Omnipotente reducido voluntariamente a los límites tiernos de un Niño que tiritaba de frío, emociona al cantor popular, quien maravillado, pregunta:

-Siendo tú quien ha criado
Cielo y Tierra y toda cosa
con tu mano poderosa,
¿cómo estás tan abreviado?

Insiste Pedro de Padilla en el contraste:

El que a los reyes del suelo
da los reinos y el poder,
quiso venir a nacer
desde la Corte del Cielo
Y, siendo supremo Rey.
mi salud tanto desea
que entre una asnilla y un buey
nace en Belén de Judea.

En el siglo XVII, Cosme Gómez Tejada de los Reyes expresa idéntica maravilla, tal vez más acusadamente aún:

Nace en unas pajas
el Rey, cuya voz
con poder inmenso
los cielos crió.
Quien viste a los días
luz y resplandor,
quien dió en su principio
rayos de oro al sol. . .

Pero no todo es alegría en la contemplación del misterio del Nacimiento. Porque el poeta sabe que es el hombre el culpable de los sufrimientos destinados a arrostrar el Dios humanado, y el sentimiento de la propia culpa asoma a los labios del pueblo cuando canta:

Si de que tembléis, mi Dios
yo solo la culpa fui,
¡ay, Dios! qué será de mí,
cuando tiemble yo y no Vos?

Y, más adelante, Juan López de Ubeda expresa el mismo sentimiento:

Vuestros ojos son los ríos
que su llanto ha de lavar
mi mal vivir;
que yo con delitos míos
os hice, Dios, encarnar
para morir.

Para los pastores de Belén fue la Nochebuena sólo noche de regocijo y admiración sin igual, mas para los que vivimos más tarde forzosamente la contemplación el Niño Dios ha de sugerirnos, como por contraste con la alegría del nacimiento, el dolor de su pasión y muerte. dice Santa Teresa

Pues, ¿qué le darán
por esta grandeza?
Grandes azotes
con mucha crudeza.

Y Alonso de Ledezma, en su original poesía, en la que describe al Niño cubierto con nuestro "vestido" -nuestro cuerpo humano-, concluye diciendo:

Y aun te costará la vida
el habértelo vestido. . .

Lope de Vega dedica a esta amarga consideración toda una poesía titulada "Las pajas del pesebre", cuyo estribillo repite proféticamente:

Las pajas del pesebre,
Niño de Belén,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Y finalmente, Verdaguer, con una amargura enternecida que hace pensar en sus propios dolores, canta:

¿Por qué lloráis Santa Virgen
María? ¿Por qué lloráis?
¡Blanco lirio florecido
la Noche de Navidad!
En la cumbre el Calvario,
¡cómo te deshojarán!

Y, ya en el aspecto humano, inspira la Navidad un doble sentimiento de ternura, común a todas las gentes; la ternura hacia el niño, encarnado aquí en el Niño Dios, y la ternura hacia la madre - en este caso la Virgen María-; sentimientos ambos que prestan al misterio y a las poesías que lo cantan un calor de humanidad inigualado.

Canta el poeta al niño para que duerma, y a la madre la invita a que lo acalle también, y parece como si todos vieran en la Virgen a su propia madre, y en el Niño al propio hijo, tal es la emoción con que se les alaba.

Tal vez sea este el secreto de la trascendencia que el Nacimiento del Señor ha tenido y sigue teniendo en la poesía de todos los tiempos; esta admirable y perfecta conjugación de los temas humanos y divinos: el amor a Dios, el amor a la madre y la ternura por el niño.

Como un coro eterno e inextinguible, las voces de los nuevos poetas recogerán los ecos de los que fueron, y así la melodía navideña ascenderá, en un fluir constante, hasta el trono de Dios, acompañada por el fondo, grave unas veces, jocundo otras, de las voces unánimes del pueblo que canta al milagro de la Navidad.